

los indios se avengan á trabajar como peones, pues una vez que se les desarrolla el gusto por tal aguardiente, son capaces de sacrificarlo todo, lo mismo sus tierras que sus animales, por adquirirlo, y cuando nada les queda que vender, los blancos siguen proveyéndolos de alcohol á cambio de trabajo. Y tal es el procedimiento. Es punto menos que imposible que los indios trabajen voluntariamente, porque no les pagan sus jornales en dinero, sino en provisiones que apenas les bastan para vivir ellos y sus familias. En ocasiones, los encierran de noche para obligarlos á que trabajen.

Los hijos de tales padres crecen en calidad de peones de los mexicanos y éstos retribuyen del modo más miserable á los descendientes de los antiguos dueños de una tierra que enriquece á los usurpadores. Antes de ser ocupada la región por los nuevos amos, ignoraban los tarahumares lo que fuese la pobreza; de suerte que no es extraño que los tarahumares cristianos crean que está el infierno tan abundantemente poblado de mexicanos que ya no queda lugar para los indios, y que los que no han cabido allí, se han salido á molestar á los tarahumares. Los de algunos distritos, á fuerza de ser engañados, no conceden ya el menor crédito á lo que les dicen los blancos y se niegan á dar el menor alimento á cualquier forastero, si es lo que ellos llaman "sordo," en otras palabras, incapaz de hablar y entender la lengua de ellos y de explicarles lo que anda haciendo.

Son excelentes criados cuando se les trata bien, aunque á menudo cambian de amo; pero vuelven siempre con el que les parece bueno. Tuve una vez de cocinera á una tarahumar que era muy trabajadora y superior á todas las criadas mexicanas que me habían servido. Cuando no estaba ocupada en sus quehaceres de cocina, se ponía á remendar su ropa ó la de sus dos hijos. Aunque muy desconfiada, era honrada y de buen carácter, hablada el

español muy bien y revelaba en los ojos inteligencia nada común. Había sido abandonada por un blanco que se casó con una mexicana, lo que le produjo mucha pena, pero acabó por conformarse con su suerte, declarando, sin embargo, que nunca se volvería á casar porque todos los hombres eran malos.

Los tarahumares han sido soldados sobresalientes en las filas del ejército. En una de las guerras civiles, un jefe llamado Jesús Larrea, tarahumar puro de Nonoava, se distinguió mucho no sólo por su bravura y resolución, sino también por sus aptitudes de mando. En su vida privada era afable y fue muy popular.

La mayoría de ellos hablan su propia lengua, y en la parte central y más montañosa, en el corazón de la región tarahumar, son de raza pura. Las mujeres de allí se resisten á unirse con hombres de otra raza, y hasta hace muy poco no se quería á los niños que resultaban de color más claro. Madres ha habido en este particular que unten de grasa á sus hijos y los pongan al sol para que se les oscurezca la piel. En opinión general de la tribu, los cruzamientos de castas producen gente mala que "algún día se peleará en las fiestas." Se refieren casos en que las mujeres hayan dejado en los bosques, para que perezcan, á sus hijos mestizos, y á menudo los dan en adopción á los mexicanos. En los distritos exteriores, sin embargo, se han mexicanizado mucho los indios, y tienen frecuentemente alianzas con los blancos.



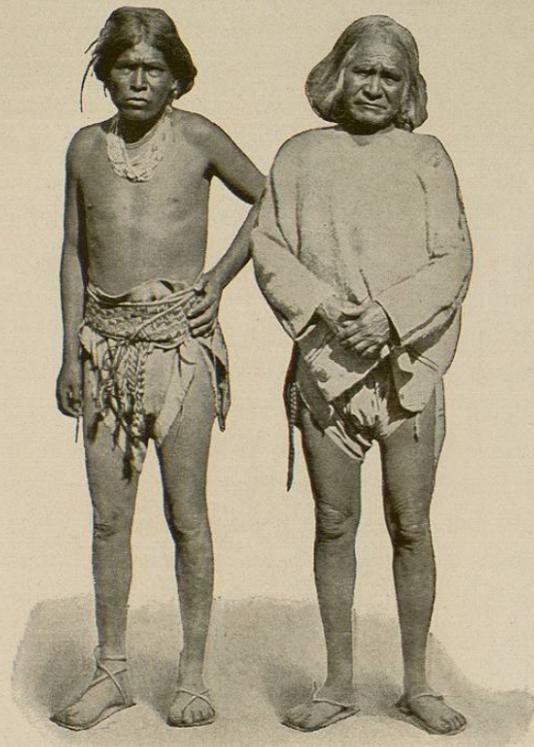
Niño tarahumar civilizado.

Las autoridades mexicanas, dicho sea en honor suyo, hacen cuanto está en su poder para proteger á los indios; pero el Gobierno es prácticamente impotente para cuidar de la población esparcida en remotos distritos. Por otra parte, los indígenas más expuestos á caer en las garras de especuladores sin conciencia, no pueden darse á entender en la lengua oficial, y consideran inútil, por lo mismo, acudir á las autoridades. Conforme la liberal constitución de México, son ciudadanos todos los naturales, pero los indios no saben hacer valer sus derechos. A veces, sin embargo, han ido en considerables cuadrillas á Chihuahua para presentar sus quejas, y siempre se les ha ayudado, si ha habido lugar. Los esfuerzos del Gobierno para ilustrar á los naturales estableciendo escuelas, se frustran por la falta de maestros inteligentes y de buena voluntad que conozcan las lenguas indígenas.

Donde los indios han tenido poco ó nada que ver con los blancos, son atentos, respetuosos y cumplidos. No los impulsa el propio interés en lo que venden, por creer que sus dioses se irritarían si cargasen un precio inmoderado. Por regla general, venden durante todo el año el maíz, ya sea que abunde ó escasee, sin variar el precio que los mexicanos cambian mucho. El omnipotente peso no tiene devotos entre tales indios, pues nada necesitan de lo que el dinero puede proporcionar, y más les cautiva la persuasión, la benevolencia ó la justicia que el oro. Si poseen algunas monedas, las guardan en un jarro y las entierran en alguna remota cueva, sin ir sacando de la hucha más que lo poquísimos que han de menester para alguna urgencia.

Entre los paganos de Pino Gordo, encontré en un curandero llamado Juan Ignacio el más hermoso tipo de tarahumar que he visto en mi vida. Aunque nunca había ido más allá de Guadalupe y Calvo, y sólo dos veces en su vida había estado en Baborigame, habiendo pasado

toda su vida en las montañas y en el seno de su pueblo, mostraba un tacto y cortesía tales que hubieran agraciado á un caballero. Esmerábase en su cuidado, no sólo conmigo, sino también con mis criados y mis bestias, dándonos abundante comida, mandando quien nos cortase leña, etc. Poseía el más agradable carácter, era sincero,



Juan Ignacio y su hijo, tarahumares gentiles.

cualidad rara entre los tarahumares, y hombre lleno de lealtad. Su rectitud y urbanidad infundían respeto aun á los lenguaraces, que no lo robaban tanto como á los demás indios del distrito, y, por lo mismo, disfrutaba de comodidad.

Mientras viví entre los indígenas gentiles, de los que aun quedarán unos tres mil, no abrigaba temor de que me

despojase de cosa alguna, porque los indios nada tocan y no había mestizos con ellos. Si algunos se hubiesen presentado, me lo habrían advertido los indios. Todo lo tuve, pues, en perfecta seguridad mientras dispuse de intérprete honrado. Los tarahumares son mucho mejores moral, intelectual y económicamente que sus hermanos civilizados; pero los blancos no les dejan reposo mientras tienen algo que quitarles. Únicamente los que se han vuelto cautos á costa de dura experiencia, viven independientes, pero estos casos van siendo cada día más raros.

Es esta la misma vieja historia que se repite en América, al igual que en África, en Asia y en dondequiera. El indígena sencillo se convierte en víctima del industrioso blanco, quien por la razón ó por la fuerza, acaba por privar de su país al primero. Es una fortuna que los tarahumares aun no hayan sido borrados de la existencia. Su sangre se va extendiendo en las clases trabajadoras de México; van tornándose mexicanos; pero bien puede transcurrir un siglo todavía antes de que todos lleguen á estar al servicio de los blancos, ó desaparezcan como los ópatas. Su asimilación puede ser útil á México, pero es lícito preguntar: ¿Es justa? ¿Deben siempre ser aplastados los débiles, antes de que se adapten á las nuevas condiciones de las cosas?

Las futuras generaciones no encontrarán otros recuerdos de los tarahumares que los que logren recoger los científicos de hoy, de labios mismos de ese pueblo y del estudio de sus utensilios y costumbres. Han llegado hasta nosotros como restos interesantes de remotas edades, como representantes de una de las etapas de mayor importancia en el desarrollo de la raza humana, como ejemplo de una de aquéllas.

CAPÍTULO XXIII

LA MONTAÑA MÁS ALTA DE CHIHUAHUA—LOS TEPEHUANES DEL NORTE—EMBROLLOS EN QUE ME PONE MI CÁMARA—SINIESTROS DESIGNIOS ATRIBUIDOS AL AUTOR—EL MAIZILLO—CARRERAS DE LOS TEPEHUANES—INFLUENCIA DE LOS MEXICANOS EN LOS TEPEHUANES, Y VICEVERSA—TRÁFICO PRODUCTIVO DE LICOR—LOGIAS MÉDICAS—CUCUDURI, EL SEÑOR DE LOS BOSQUES—EL MITO DE LAS PLÉYADES.

A MI regreso de una excursión por el sur, de Guadalupe y Calvo hasta la Mesa de San Rafael, ascendí el 12 de enero de 1895 el cerro de Muinora, que es probablemente la altura mayor que se encuentra en el norte de México. Digo probablemente, porque no tuve oportunidad de medir el cerro de la Candelaria. Aproximándose por el norte, parecía una prolongada montaña, cubierta de pinos, que caía abruptamente hacia el oeste. Desempeña conspicuo papel en las canciones y creencias de los tepehuanes.

Pernoctamos como á 1,000 pies abajo de la cumbre, en medio de los pinos, rodeados por la nieve y visitados de noche por una bandada de pericos que revolaban gritando fuera de las tiendas. Me sorprendí de hallar una temperatura tan benigna, pues ni de noche se nos heló el agua. El aneroide marcó en la cima una altura de 10,266 pies (20.60 pulg. á temperatura de 40° F., á las 5.15 P. M.). Noté entre nuestro campamento y la cumbre, mayor número de pájaros de los que había visto hasta entonces en los pinares, y en la cima misma había chinatos ó trupiales, morenos trepadores (*certhia*) y picos cruzados.

De Guadalupe y Calvo proseguí mi viaje hacia el noroeste para visitar á los tepehuanes, de los que aun existen como